
Ánimal

El Comienzo del Reinado de Fuego

refacio

Vivimos en el planeta de Ikcelag, en la vía Nimal. En nuestro universo solo hay otros tres planetas los cuales no han sido investigados por ningún habitante de Ikcelag.

Tenemos forma humana, pero también tenemos a los Rimidalves, los cuales nos dan la habilidad de transformarnos en un animal. Los Rimidalv son espíritus protectores que están con nosotros desde que nacemos. Lo malo es que solo podemos convertirnos en un solo animal y nosotros no elegimos el animal, éste está con nosotros desde que nacemos, y la especie se traspasa por genes.

Por ejemplo: si la madre es un perro chihuahua y el padre es un pastor alemán, el hijo podría ser cualquier otra clase de canino: perro, lobo, coyote, etc.

En cambio, si la madre: es un canino y el padre un roedor, el hijo será de la especie de la madre, un canino. De igual manera, cualquier raza de canino.

Ikcealg está dividido en cuatro regiones: Alcalota, donde viven todos los mamíferos. También se conoce como la región de la tierra, porque todos los mamíferos son terrestres (excepto el murciélago).

Alosheba, región de los peses o animales acuáticos. También es llamado la región del agua. En Alosheba viven nuestros mamíferos marinos como las ballenas. Pero se dice que son peces.

Hanswer, donde viven las aves ponedoras de huevos. También es llamado la región del aire.

Y por último, Kizabeth, donde viven los reptiles. Es llamado la región del fuego. Nadie sabe por qué lo llaman así. Muchos creen

que es porque los reptiles son muy malvados y quieren el control de todo el mundo. Pero gracias a que las cuatro regiones son islas gigantescas, separadas por un inmenso mar, los reptiles no se han podido salir de Kizabeth.

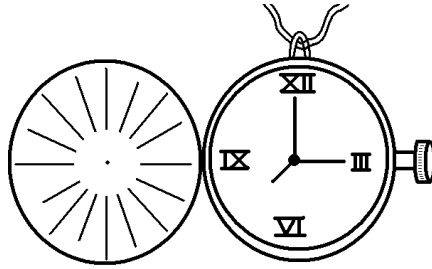
Los peces de Alosheba son los únicos que pueden moverse entre los mares que separan las cuatro islas, pero siempre se alejan de Kizabeth.

Por lo general siempre estamos en nuestra forma humana, pero cuando es momento de cazar tomamos la forma animal. Los niños las utilizan para jugar entre ellos. Aunque puede ser muy peligroso.

Primera parte

Los Relojes

CAPÍTULO 1



Vivimos en Alcalota

Evan corría rápidamente entre la maleza del bosque principal de Alcalota. Un oso de pelaje café, de unos dos metros de altura y una guepardo adolescente lo seguían.

El joven iba acompañado de Allan, un chico que su Rimidalv es un perro pastor alemán. Los dos estaban siendo perseguidos por el oso y el guepardo. Entre Evan y Allan esquivan los árboles y saltaban las plantas que les prohibían el paso. Aun así, pase lo que pase, o crúcese lo que se cruce no se podían dar el lujo de aminorar el paso o detenerse por completo, eso sería un suicidio.

—No podemos seguir corriendo durante toda nuestra vida —le gritó Allan a Evan—, tenemos que hacer algo. ¿Utilizamos nuestros Rimidalv?

—Espera un poco —respondió Evan—. Hay que llegar al prado, allí les haremos frente. Tengo un plan que no nos podrá fallar. Tu solo confía en mí, no te arrepentirás.

A Allan no le pareció la idea, pero en esta pelea Evan era el líder de los dos. Y faltarle el respeto a un líder o superior era algo tan malo como la traición.

Continuaron corriendo en su forma humana, era más fácil correr en esa forma. Tal vez no sea la más rápida, pero si la más sencilla, ya

El Comienzo del Reinado de Fuego

que siendo animales serán más pequeños y será más difícil esquivar las cosas o saltarlas. Para el oso y el guepardo parecía no haber problemas, el oso se abría el paso fácilmente entre la hierba alta, mientras que el guepardo corría detrás de él.

Después de unos minutos muy largos Evan y Allan llegaron al claro. Estaba solo, no se escuchaba ni un sonido. El prado era una extensión circular de pasto aplastado por las vacas que pastan constantemente. Había decenas de árboles rodeando el perímetro, arboles tan altos que por poco y no dejan entrar la luz del Sol. Era extraño que no hubiera vacas en esa ocasión. A Evan le arruinó por completo el plan que tenía ya hecho, pero en cuestión de segundos planeó otro.

—¿Ahora? —preguntó Allan mirando atentamente hacía donde venía el oso y la guepardo—. ¿Lo haremos ahora?

—Tu hazlo si quieres —respondió Evan decididamente—. Yo tengo un plan —a lo lejos se escuchaba cómo el oso destrozaba ramas y se abría el paso directo hacía Evan y Allan. —A mi déjame el oso —agregó Evan con un tono decidido y una mirada petrificante—. Tú encárgate del guepardo.

Allan se transformó rápidamente en el perro pastor alemán. Los Rimidalv tenían una ventaja: cuando se transformaban la ropa y cualquier cosa que uno trajeran encima se transformaba en el animal y después aparecía cuando uno se había humano.

—Solo porque los gatos sean enemigos de los perros —dijo Allan en su forma Rimidalv— no significa que quiera luchar contra Madison. Creo que te estás burlando de mí.

—Tengo algo preparado para Mathew —Evan tenía la mirada fija en la dirección en donde venía el oso y la guepardo. También tenía una postura firme. De un momento a otro, un silencio inquietador se escuchó en el bosque, no se escuchaba el oso rompiendo ramas, ni el guepardo corriendo detrás del oso.

—¿Qué paso? —preguntó susurrando Allan, mirando a todas direcciones tratando de ver entre el paso alto y los árboles que estaban fuera del perímetro del prado.

—No lo sé, tú eres el de los sentidos agudos, ¿no? ¿Qué crees que pasó?

El pastor alemán levantó la cabeza y bajó las orejas, empezó a olfatear el aire tratando de encontrar la fragancia de los atacantes para poder localizarlos.

—Están cerca, solo se detuvieron para examinarnos —dijo Allan aun olfateando.

—¿Ataque sorpresa? —dijo Evan confiado—. No funcionará. No funcionó la vez pasada. No sé qué les hace pensar que lograrán derrotarnos ahora.

Ente Evan y Allan perduró el silencio.

Un fuerte ruido se escuchó detrás de Evan y de Allan. Los dos giraron al instante y vieron como el guepardo se les aventaba para atacarlos. Allan saltó y atacó al guepardo, desviándolo de su dirección inicial. Después se fueron a pelear a otra parte, lejos de Evan.

Después del guepardo, el oso empezó a correr salvajemente hacía Evan, que aún estaba en su forma humana. Al ir corriendo los labios le subían y bajaban con el ritmo de los saltos que daban sus cortas patas para avanzar. Evan alcanzó a ver cómo salían volando gotas grandes de baba. Evan no se movía, estaba esperando el momento preciso para hacerlo. Cuando el oso estuvo a menos de un metro de distancia frente a Evan, éste saltó y se transformó en su Rimidalv: un hurón.

El hurón logró caer en la espalda del oso y agarrarse fuertemente de él. El oso no se dio cuenta de lo que pasó, empezó a olfatear el aire, reconocía el olor del hurón muy cerca de él, pero no lograba encontrarlo. Empezó a olfatear el suelo.

El Comienzo del Reinado de Fuego

—Ya te avíamos dicho que no podías desaparecer haciendo hoyos en la tierra —dijo el oso al detenerse para buscar a Evan—. Tienes que salir y vencerme... —el oso río—. Como si eso fuera posible.

—No me he escondido —dijo Evan desde la espalda del oso—. Estoy aquí —Evan mordió la piel del oso. Éste se levantó en dos patas y se empezó a sacudir alocadamente tratando de quitárselo de encima.

—¡No me muerdas! —se quejó el oso—. ¿Qué crees que haces?

—Trató de vencerte —respondió Evan—, tengo que demostrarte que mi Rimidalv es poderoso a pesar de su tamaño —Evan se escuchaba muy decidido.

Cuando Evan era pequeño, sus compañeros de caza se burlaban de él porque su Rimidalv era pequeño. Un chico que tenía de Rimidalv a un lobo era el que más lo molestaba, le hacía burla de que no podía cazar algo más grande que un conejo y Evan amenazaba con vencerlo a él. Después de múltiples peleas con el lobo y con otros animales notablemente más grandes que él, Evan aprendió la forma de vencer a sus enemigos más grandes, y desde hace unos meses ha estado entrenando con el oso.

—¡Te he dicho que bajes de mi espalda! —gritó el oso.

—¡Ríndete! —respondió Evan.

—Nunca lo haré. No permitiré que un pequeño hurón me derrote. Eso sería algo estúpido.

El hurón se enojó más con ese comentario. Empezó a trepar por la espalda del oso, hasta llegar a la oreja derecha de oso.

—¡Ríndete! —le gritó Evan a la oreja.

—¡No!

El hurón se preparó, pero en vez de morder la oreja como el oso supuso que lo haría, la rascó.

—¡No, no por favor! —gritó el oso, riendo—. Sabes que mi punto débil es esa oreja.

—¡Ríndete! —pidió el hurón moviendo rápidamente su patita detrás de la oreja del oso.

—¡No! —respondió el gigantesco oso, agitándose fuertemente tratando de deshacerse del hurón. Empezó a mover la cabeza.

—¡Ríndete! —le gritaba Evan.

—Está bien —cedió el oso—. Pero deja de rascarme —lo decía riendo descontroladamente.

—No cometeré ese error otra vez. Primero ríndete de verdad. ¡Tírate al suelo!

—Está bien, está bien. Me rindo. Ahora déjame en paz —el oso se agachó lentamente y se puso panza abajo en el suelo. El hurón dejó de rascar la oreja del oso. Dio un salto lejos del oso, y antes de tocar el suelo, se transformó en humano.

—¿Lo ven? —dijo Evan, orgulloso—. El tamaño no tiene nada que ver con la pelea.

—Si hayas sido un elefante no te le hayas subido a la espalda y rascarle la oreja, ¿o sí? —le preguntó el guepardo.

—Pues...

—El tamaño tiene mucho que ver —dijo Allan que estaba a un lado del guepardo en su forma de perro. Llevaban varios minutos viendo el espectáculo que otorgaban el oso y el hurón.

—Está bien. El estar pequeño no afecta en nada —se corrigió Evan a sí mismo.

—Eso está un poco mejor dicho —mencionó el oso mientras se ponía de pie. Segundos después se destransformó.

El guepardo y el perro también se destransformaron.

—Ya debemos de irnos, ¿no? —preguntó Madison, el guepardo.

—¿Qué hora es? —preguntó Mathew, el oso—. ¿Ya es tarde? Tal vez podamos quedarnos un poco más a descansar. Me duele mucho el estómago.

El Comienzo del Reinado de Fuego

—No lo sé —respondió Allan—, pero ya me entró el hambre y no creo poder sopórtalo.

—Sí, ¿qué creen que hayan cazado nuestros padres? —preguntó Evan imaginándose el delicioso manjar que estaría al fuego en su aldea en el momento en que llegarán.

—De seguro otra vez vaca —respondió Mathew—. Es el único animal que abunda en esta región. Eso y los puercos. Es difícil ser carnívoro cuando no hay muchas cosas para variar el menú.

—Qué bueno que ninguna persona tiene de Rimidalv a una vaca —dijo Evan—, sería peligroso. Imagínenselo.

Todos se imaginaron a una vaca pastando en el pardo y de un momento a otro una flecha salía de entre la maleza y atravesaba a la vaca. Segundos después ésta se transformaba en humano y los cazadores se dan cuenta del error que cometieron.

Los cuatro amigos rieron por la imagen.

Empezaron a caminar por el bosque, todos iban de regreso hacia su aldea. Estaba a punto de anochecer y en las últimas semanas las noches eran tan frías que los cubos de agua amanecían con una ligera capa de hielo en la superficie. Sería peligroso que oscureciera y se perdieran, al final terminarían congelados.

—Si caminamos tardaremos mucho y yo tengo mucha hambre —dijo Mathew—. Hay que transformarnos en nuestros Rimidalves para llegar más pronto.

De un instante a otro los cuatro se transformaron. El hurón subió nuevamente a la espalda del oso. Si se iba corriendo por su cuenta llegaría mucho tiempo después que sus amigos.

—La pelea ya acabo —mencionó Mathew, girando la cabeza tratando de ver al pequeño mustélido sobre su espalda.

—Lo sé, quiero que me lleves.

El oso no se quejó, aceptó obligadamente. Entre Mathew, Allan y Madison no hablaban mucho del tamaño del hurón y de sus

habilidades, creían que Evan se podría enojar con ellos. Conocían a Evan desde hace mucho tiempo y conocían perfectamente su temperamento. Lo que también conocían a la perfección eran sus ganas por destacar en distintos aspectos relacionados con la estatura. Le gustaba hacer cosas que por lo general solo hacían las personas con un Rimidalv de gran tamaño.

Cuando llegaron a la aldea el Sol ya había caído y la imponente Luna se alzaba en el oscuro cielo estrellado, iluminando todo lo que le era posible. Las docenas de casas que había en la aldea estaban hechas de pieles de vaca y de puerco y estaban levantadas con palos grandes, gruesos y resistentes. Han tratado de hacer sus casas de otros materiales, pero cada que experimentan con algo siempre resulta desastroso, así que decidieron permanecer con las casa de pieles y palos. Lo que ahora han tratado de hacer es las casas más grandes y con mayores lujos: habitaciones individuales y una cocina separada de todo lo demás, en un lugar que no sea tan propenso a incendios.

—Nos vemos mañana —se despidió Madison mientras se separaba del grupo para entrar en la casa de su familia.

—Adiós —se despidió Allan haciendo lo mismo.

—Baja de mi espalda —Mathew apresuró a Evan cuando pudo oler la dulce fragancia que salía de su casa—. Me parece que trajeron algo diferente a vaca y no me lo quiero perder.

Evan bajó de la espalda del oso con un gran salto y se transfloró en humano antes de tocar el suelo.

—Hasta luego —se despidió Mathew mientras corría rápidamente hacía su casa, entrando como un oso.

Evan caminó lentamente hacía su cabaña. Podía percibir el aroma de algo desconocido para él. Se acercó al lugar que su madre decidió que sería la cocina y logró ver un gran trozo de carne rodando sobre una fogata.

El Comienzo del Reinado de Fuego

—¿Qué es lo que han preparado para cenar? —preguntó mientras admiraba la carne rodante.

—No me lo vas a creer —dijo el Señor Hutchinson muy emocionado. Su padre se puede transformar en un mamífero. Estaba sentado en un tronco alrededor de la fogata esperando a que la carne estuviera lista para poder comerse—. Hemos encontrado un puerco enorme. Y a mí me tocó la mejor parte.

—¡Eso es genial padre...! ¿Cómo lo comeremos? —Evan se sentó a un lado de su padre.

—Tu madre ya lo está pasando en el fuego —la madre de Evan se puede transformar en un armiño, por eso Evan es un hurón. Evan miró a su madre que le daba vueltas lentamente a la carne desde una distancia considerable, alejada del fuego.

—¿Fuiste con la familia de Mathew? —le preguntó Evan a su padre.

—Si —dijo el padre de Evan con un tono decepcionado—. Como siempre los osos se llevaron la gloria.

—Ya les he dicho que no se preocupen por su tamaño —gritó la Señora Hutchinson desde la fogata.

—Yo ya no me preocupo —dijo Evan orgulloso.

—¿Por qué lo dices? —preguntó su padre.

—Hoy los chicos y yo jugamos a *Cazar O Ser Cazado*...

—¿Quién fue tu pareja? —lo interrumpió su madre.

—Allan. ¡Pero vencí a Mathew! —vitoreó Evan, emocionado.

—¿El oso? —preguntó su madre sorprendida. Dejó de girar la carne y se acercó a su hijo—. ¿Cómo lo hiciste?

—Me trepé en su espalda y le di en su punto débil... rascándole la oreja.

—Pero eso en una pelea no te funcionara —lo desanimó su padre.

—¿Por qué?

—Porque no conocerás los puntos débiles de tus enemigos tal como el de Mathew.

—Toda su familia tiene ese punto débil —Evan se levantó de su asiento y se acercó a la carne para olfatearla.

—No siempre lucharas con su familia. Recuerda que más allá de los bosques de Sotad hay otras tribus de mamíferos. Y recuerda que en ésta no se encuentran todas las especies. Algún día podrás encontrarte con algún mamífero que no conozcas y será difícil vencerlo.

—Los leones son los únicos que me preocupan —respondió Evan mientras arrancaba un trocito de carne y se lo llevaba a la boca para probarlo. Después lo escupió al fuego—. Está cruda.

—¿Por qué lo dices? —preguntó su madre desde la fogata—. ¿Por qué les temes a los leones?

—Los ansianos cuentan historias muy feas sobre ellos.

—Recuerda que tu amiga Madison es una felina.

—Sí, pero no es una leona. Ella no tiene una gran melena y no es...

—Evan sintió un escalofrío—. Me pongo nervioso solo de imaginarme estar frente a frente con un león.

—¿Te asustan las melenas grandes? —Se burló la Señora Hutchinson.

—No —se quejó Evan—. Ustedes no me entienden.

Evan salió de la cabaña. Se sentó a un lado de su abuelo, el cual también es un mamífero. Su abuelo es uno de los ansianos y fundadores de la aldea Adatsot. A pesar de estar muy anciano se podía mover con la agilidad de un chico de veinte años. Era el único anciano que se puede mover con rapidez. Los otros parece que están muertos y que se mueven cuando el aire sopla. Era triste estar frente a ellos.

El Comienzo del Reinado de Fuego

—Abuelo —dijo Evan para hacerse notar—. ¿Cuándo cree que comience mi viaje? Ya sabe... el viaje que hacen todos los de esta aldea hacía un lugar lejano para probar que está listo para el exterior.

El abuelo se tomó su tiempo para contestar.

—Cuando tú estés listo.

—¿Y cuándo sabré que ya estoy listo? ¿Acaso alguien me lo dirá...? ¿Tú me lo dirás?

Nuevamente el abuelo pensó la respuesta.

—Sin darte cuanta, lo sabrás.

—No me estoy dando cuenta en este momento, ¿ya estoy listo?

—No juegues conmigo —está vez el abuelo respondió rápidamente y con un tono más alegre.

—Para eso si hablas rápido, ¿verdad?

—No tiene nada que ver con las tradiciones de la tribu.

Evan guardó silencio un momento.

—¿Cuántos años tenía mi padre cuando hizo su viaje?

—Diecisiete.

—Me faltan dos años —se quejó Evan—. ¿Y usted cuantos tenía?

—Doce.

—Me retrase, ¿no crees?

—Cada persona hace su viaje cuando está preparado. Si se adentra a lo desconocido sin que esté listo, seriar extremadamente peligroso. No tiene los suficientes conocimientos sobre o que puede haber afuera y es posible que muera. En cambio, si se hace el viaje después de que esté listo, eso sería mucho mejor porque se tienen un poco más de conocimientos.

—¿Y usted a dónde fue? —preguntó Evan emocionado por lo que fuera a contestar su abuelo.

—Tuve la suerte de conocer Alosheba...

—¿La región del agua? ¿Dónde viven los peces?

—Así es. Allí conocí a una chica que se puede transformar en una orca. Fuimos pareja durante mucho tiempo. Tuve que mentirle y decirle que mi Rimidalv era un tiburón blanco. Cuando se dio cuenta de que mentía tuve que escapar y regresar a Alcalota.

—Pero no podrías reproducirte con ella.

—Hay cosas más importantes que solo la familia. Una cosa es tener hijos de la misma especie. Y otra es amar a alguien por lo que tiene en el interior.

—Tripas, órganos, sangre —se burló Evan— y más cosas asquerosas.

—Sí, Evan —dijo su abuelo con sarcasmo—, eso es lo único que tenemos dentro.

—¡Ya está la comida! —gritó la Señora Hutchinson desde dentro de la cabaña. El abuelo y Evan entraron.

Evan tenía pocos sueños, entre ellos: casarse con una mujer que tuviera de Rimidalv a un hurón. Viajar y conocer las cuatro regiones. Y ser el líder de una nueva tribu la cual él fundara. Pero de todos estos sueños solo podía hacer el del viaje, ya que en su tribu no había más personas con el Rimidalv de un hurón.

Lejos de Alcalota, en la región del agua había mucho caos por un acontecimiento que acababa de suceder. Era algo que podría cambiar el destino del planeta por coeto.

—¡Esto es imposible! —gritaba fuertemente Zooey, la líder de Alosheba—. Nos costó mucho trabajo conseguir el Reloj de Diamante como para que lo pierdan.

—No lo perdimos —dijo uno de los protectores del Reloj de Diamante—, nos lo han robado.

—¿Quién? —gritó Zooey.

El protector levantó la mano y señaló el techo de la cueva en la cual se encontraba protegido el Reloj de Diamante. Un centenar de pisadas de lagarto se extendían desde un hoyo en el techo hasta la plataforma en la cual se encontraba el Reloj de Diamante.

—Estamos a más de un kilómetro bajo el nivel del mar. Y bajo el mar. ¿Cómo es posible que haya llegado hasta aquí? —cada palabra que decía Zooey aumentaba el volumen a causa de su enojo.

—Actualmente hay reptiles que pueden aguantar durante horas la respiración bajo el agua —dijo el protector del Reloj de Diamante.

—Estamos en un gran embrollo —dijo Zooey—. Los reptiles tienen el Reloj de Diamante y es posible que tengan el de Oro —Zooey guardó un momento de silencio—. Solo les falta el Reloj de Plata.

—¿Se puede saber dónde está el Reloj de Plata? —preguntó el ayudante.

La líder se sentó en un trono de hielo que había cerca de la plataforma vacía.

—Se lo di a un tiburón antes de darme cuenta que era un mamífero.

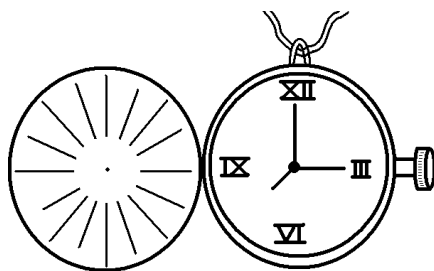
—¿Está en la región de la tierra?

—Sí, pero espero que ya no lo tenga.

—¿Por qué? —preguntó el protector.

—Los reptiles son muy salvajes. Y el mamífero es muy perseverante.

CAPÍTULO 2



Listo para el gran viaje

Al día siguiente, Evan se reunió con Allan, Mathew y Madison, irían nuevamente al bosque para cazar algo. Los adultos son los que se encargan de eso, pero a Evan y a sus amigos les gustaba tratar de cazar algo. De los centenares de veces que han ido a cazar, lo único que han podido cazar en equipo fue a un puerco delirando, aún estaba vivo, pero no podía correr, ni caminar... ni levantarse. En realidad ese puerco no tenía una parte del pecho, pero para los chicos fue una caza exitosa.

Ese día querían cazar algo con más vida, cazarlo de verdad, algo que corra libremente por el bosque, algo que muestre un reto para ellos. Una vaca salvaje u otro puerco, pero esta vez vivo y coleando.

Los cuatro iban en su forma humana. Habían salido desde muy temprano de sus casas para poder regresar igual de temprano y degustar lo que cazaran. Caminaban lentamente por el bosque que rodeaba la aldea de Adatsot.

—¿A dónde iremos hoy? —preguntó Madison mientras saltaba un tronco caído. Sus amigos la imitaron.

—No lo sé —respondió Allan—, mis padres ayer cazaron una vaca en el norte del bosque. Dicen que en esa parte se encuentra una gran manada de esos animales y pastan tan tranquilamente. También

El Comienzo del Reinado de Fuego

dijeron que aunque se les acerquen y las acaricien las vacas no corren.

—Nunca hemos ido hacia allá —dijo Evan con un poco de temor—, no sabemos qué podamos encontrar.

—¿Tienes miedo? —preguntó Mathew, burlándose de Evan—. ¿Acaso te da miedo que haya algo más grande que tu Rimidalv?

—Yo no le tengo miedo a nada —respondió Evan enojado—, les tengo temor a algunas cosas. ¿Pero miedo? ¡Nunca!

Todos rieron por el mal chiste que contó Evan. Por lo general Evan hacía cosas estúpidas para que los de más se rieran, a él le encantaba hacer feliz a sus amigos.

—¿Y si nos vamos jugando? —preguntó Allan.

—¿A qué? —preguntó Madison—. ¿Otra vez a *Cazar O Ser Cazado*?

—Sí, eso sería genial —agregó Mathew.

—Pero esta vez yo con el oso —se apresuró Evan a elegir pareja.

—¡Igual que ayer! —se quejó Madison.

—No se preocupen chicos —dijo Mathew orgulloso—. Hay demasiado oso para todos.

—Mejor si —dijo Madison con un tono apresurado—, quédate con Mathew —le dijo a Evan.

—Lo acepto.

Los cuatro chicos se convirtieron en sus Rimidalv: Madison en el guepardo, Allan en el pastor alemán, Mathew en el osos grizzli, y Evan... en el hurón. Se acomodaron en las respectivas parejas, listos para iniciar.

—¿Quiénes serán los cazadores? —preguntó Madison—. ¿Ustedes o nosotros?

—Ustedes —dijeron Evan y Mathew al mismo tiempo.

—Será fácil cazar a un oso —se burló Allan.

—Eso crees.

El guepardo de Madison y el pastor alemán de Allan se giraron hacia atrás y se detuvieron.

—Les contaremos veinte para que puedan correr y planear una táctica —dijo Madison al no verlos.

De inmediato el hurón de Evan y el oso de Mathew se pusieron a correr. Después de unos metros, Evan subió a la espalda de Mathew y lentamente se fue hacia su oreja.

—Recuerda que somos del mismo equipo —dijo Mathew para que Evan no le hiciera cosquillas en la oreja y estallara en una risa incontrolable.

—Ya lo sé, solo quería contarte lo que haremos —le mencionó Evan al llegar a su oreja.

—¿Qué quieres que hagamos? —Mathew se abrió paso entre los árboles.

Evan él contó el plan que tenía para atrapar a Madison y a Allan: Correrían hasta encontrar una parte del bosque en la cual no hayan tantos árboles. Cuando la encuentren, Mathew se pondrá en el centro a esperar a Allan y a Madison...

—¿Yo seré la carnada? —preguntó Mathew disgustado al escuchar esas palabras.

—Espera, deja que te termine de contar...

Evan treparía a un árbol cerca de donde estaría Mathew. Cuando Madison y Allan se detenga y se burlen que Mathew estaba atrapado y no tenía salida, Evan saltara del árbol y se trepara al guepardo...

—¿Tú por qué atacarás a Madison? —preguntó Mathew, inconforme.

—Porque para mí no sería un éxito vencer a un perro.

—Está bien, pero para la próxima me toca a mí.

—¿Te gusta mi plan?

—Es muy sencillo... pero creo que funcionará.

El Comienzo del Reinado de Fuego

Evan y Mathew corrían entre el bosque. Nuevamente el oso se abría el paso rompiendo y destrozando ramas de los árboles y saltando los que estaban caídos.

—¡Ya los encontramos! —gritó una voz detrás de ellos.

Evan se giró para ver quién era: Madison, que encabezaba la persecución estaba muy cerca de ellos. Detrás, y no muy lejos, se encontraba Allan, corriendo cansadamente tratando de seguirle el paso al guepardo.

—Nos están alcanzando —dijo Evan exaltado—. Tienes que apresurar el paso.

—Soy un oso, tengo las patas cortas. No me pidas que corra más rápido porque no puedo hacerlo. Soy rápido pero...

—¡Haz lo mejor que puedas! —le interrumpió el hurón para que el oso ya no continuara quejándose.

El oso trató de acelerar un poco más y lo consiguió. Fueron dejando lentamente atrás al guepardo y al perro. Cuando Madison se dio cuenta de que ellos aceleraron, ella también lo hizo, pero ella aprovechó la velocidad de guepardo para alcanzarlos más rápido. Allan se fue quedando un poco atrás.

Cuando Madison estaba casi a un lado del oso, éste aflojó el paso, ya se había cansado. El perro los alcanzó después de unos minutos, ahora los tres corrían como si fueran las llantas de un triciclo: el oso adelante con el hurón, el guepardo y el perro detrás, uno a un lado del otro.

Allan trató de buscar dónde estaba Evan, ya que él suponía que estaría en la espalda de Mathew, pero antes de que lo localizara, notó cómo algo verde caía desde un árbol sobre la espalda del oso: una iguana joven.

—Madison —le llamó Allan susurrando para no llamar la atención de la iguana. No era nada común verlas en un lugar donde solo había mamíferos—. ¿Eso es una iguana? —le dijo Allan señalándole

el reptil que caminaba sigilosamente sobre la espalda del oso, que no se daba cuenta que la iguana está sobre él.

—¿Cuál? —preguntó Madison—. No la veo.

—Sobre la espalda de Mathew, cerca de su cola.

Madison miró donde Allan le dijo y notó cómo la iguana verde se aferraba a la espalda baja del oso para no caerse con el movimiento y agitación que hacía el oso al correr.

—Tenemos que decirle —dijo Madison asustada—. ¡Evan! ¡Mathew! ¡Tienen visita detrás de ustedes!

No le hicieron caso. Ellos creyeron que era una trampa para hacer que se detuvieran y así atraparlos y ganar el juego. Madison ya lo había hecho anteriormente y de ese modo ganó el juego.

—¡Una iguana se subió en las nalgas de Mathew! —gritó Allan al ver que ignoraron a su compañera de juego.

Evan se giró para ver lo que pasaba y cuando se giró pudo ver la iguana que estaba casi exactamente de su tamaño.

—¿Un reptil? —se preguntó confuso—. Creí que solo había en Kizabeth.

La iguana se lanzó para atacarlo, cayendo sobre éste y teniéndolo inmóvil. Lo agarraba de las patas delanteras y estaba sobre el pobre hurón.

—¡Mathew! —gritó Evan—. ¡Salta!

Mathew, sin darse cuenta de lo que sucedía en su espalda, saltó y Evan aprovechó el salto para quitarse de encima a la iguana. Cuando estuvo libre, trató de contraatacar, pero todo lo que intentaba, la iguana lo esquivaba. Intentaba morderlo con sus afilados dientes de mustélido.

—¿Dónde está la aldea de Adatsot? —preguntó la iguana con una voz ronca.

El Comienzo del Reinado de Fuego

—¿Paraqué quieres ir ahí? —le preguntó Evan sin bajar la guardia. Trataba incontrolablemente de agarrar a la iguana e inmovilizarla, pero no lo lograba.

—Tienen algo que necesitamos los reptiles. Si no me llevan hacia allí, tendré que matarte junto con tus amigos.

—Una iguana tan pequeña —se burló Evan.

—Ese comentario me sorprende, proviniendo de ti. Una simple rata de la basura.

—¡Soy un hurón! —gritó Evan mientras se lanzaba nuevamente a atacar a la iguana. Pero éste fue más inteligente y lo esquivó. Evan cayó cerca de la cabeza del oso.

—Detente de inmediato —le ordenó Evan al oso.

Mathew se frenó al instante y la iguana salió volando por los aires. Evan no lo hizo porque se agarró antes de dar la orden. La iguana recobró la cordura y caminó hacia el oso. El perro y el guepardo no previeron que el oso se detuviera, así que chocaron contra él, haciendo que se cayeran y rodaran hacia la iguana, atropellándola. Una nube de polvo dorado salió de ella y se esfumó con el viento.

Cuando los tres se levantaron, tomaron la forma humana y se acercaron a la iguana aplastada y muerta.

—¿Qué fue eso? —preguntó Mathew sin saber absolutamente nada de lo que le había ocurrido. Él solo siguió las órdenes que le decía Evan y a causa de eso se perdió de todo lo que pasó sobre su espalda.

—Esta iguana viene de Kizabeth y estaba buscando nuestra aldea —dijo Evan, asustado y con temor—. No logré preguntarle qué era lo que quería, pero dijo que teníamos algo que los reptiles necesitaban. Fue muy extraño.

—¿Quería saber dónde está Adatsot? —preguntó Madison sin comprender bien lo que sucedida. Tampoco se le hacía muy lógico que un reptil buscara específicamente su aldea.

—¿Qué querían? —preguntó Allan.

—No lo sé con exactitud. Creo que deberíamos de hablar con los ancianos, tal vez ellos sepan un poco más sobre lo que estaba buscando este reptil.

—¿Cómo llegaron aquí? —preguntó Mathew.

—Eso sí que no lo sé.

De inmediato los cuatro se fueron corriendo hacia su aldea, lo hicieron en su forma Rimidalv. Dejaron atrás la idea de cazar algo grande y vivo. Creyeron que sería más importante saber que era exactamente lo que quería la iguana antes de adentrarse nuevamente en el bosque. Tal vez haya más reptiles y más grandes rodeando la aldea o solo cerca de ella. Sería peligroso salir a partir de ese momento. Mientras corrían tenían los ojos bien abiertos tratando de encontrar cualquier cosa que no concordara con ese lugar.

Cuando llegaron a la aldea Evan traía el cadáver de la iguana en un morral improvisado de hojas y ramas que encontró en el bosque. Se lo quería enseñar a los ancianos para que ellos dedujeran qué era lo que quería. Por suerte, el padre de Mathew y el de Evan estaban reunidos con el abuelo de Evan.

—Vamos —dijo Evan al echarse a correr hacia ellos.

—¿Dónde estaban? —preguntó el Señor Hutchinson, furioso—. Han pasado más de cuatro horas. Ni siquiera nos dijiste a dónde iban.

—Les queríamos traer una sorpresa, pero creo que solo encontramos una mala noticia —respondió Evan mirando a su abuelo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el padre de Mathew, con un tono serio.

—Nosotros —empezó Mathew— fuimos a cazar una vaca tan grande como la que cazaron ayer...

El Comienzo del Reinado de Fuego

—¿La encontraron? —lo interrumpió el abuelo de Evan con una sonrisa dibujada en su cara por la alegría de comer de nuevo, pero se le borró al ver que Evan no mostraba alguna señal de alegría.

—No, pero encontramos esto —dijo Evan mostrándoles el morral improvisado.

—¿Una mochililla de hojas? —preguntó el Señor Hutchinson.

—No, su contenido.

Evan se quitó el morral y se lo arrojó a su padre. El padre de Mathew lo puso de cabeza y lo sacudió hasta que cayó el cadáver de la iguana. Los adultos y el anciano se quedaron perplejos al ver aquel reptil muerto recientemente. Ellos sabían que eso no significaba nada bueno y que tal vez estaban a punto de enfrentarse a una guerra con esa especie de sangre fría.

—¿Dónde la encontraron? —preguntó el abuelo de Evan, asustado.

—En el norte del bosque —respondió Madison.

—¿Están todos bien? —preguntó el padre de Mathew.

—Sí, Evan lo entretuvo y planeó una buena táctica para derrotarlo —se apresuró Allan a responder.

—¿Tú lo... venciste? —preguntó el abuelo de Evan, sorprendido por lo que escuchaba.

—Solo hice que se cayera de la espalda del Mathew, pero lo aplastamos por error.

—Mathew, llama a los otros tres ancianos —le pidió el padre de Mathew—. Y ustedes dos, llamen a su familia —les dijo a Madison y a Allan.

Mathew corrió hacia la cabaña de los ancianos. Madison y Allan hacia su casa. Evan les contó toda la historia a las tres personas que estaban presentes, lo hizo mientras esperaban a los demás.

Fuera de la cabaña de Evan, su madre empezó a construir una gran fogata, y puso troncos a su alrededor para que se sentaran los

espectadores. Después de unos minutos, todos estaba reunidos: los cuatro ansianos, la familia de Madison, la de Allan, la de Mathew y la de Evan. La iguana colgaba sobre el puño de troncos secos con los que después harían fuego.

—Según lo que me contó mi hijo, está iguana viene de Kizabeth. Buscaba algo que los reptiles necesitaban y se encontraba aquí, en Adatsot. ¿Alguien sabe qué es? —preguntó el Señor Hutchinson.

—Tal vez quería nuestras plantas medicinales —propuso alguien—. Recuerden que nuestras curas son muy efectivas.

—No, de seguro quieren nuestras pieles cálidas —propuso otra persona—. Ya que ellos son de sangre fría quieren calentarse un poco.

—Estás loco, si son de sangre fría entonces no sienten frio. Yo apostaría a que querían nuestros alimentos. Quieren nuestras vacas y nuestros puercos. No les es suficiente con las tortugas que hay en Kizabeth.

Hubo otras suposiciones, pero todas eran puras hipótesis.

—Yo sí sé lo que quieren —dijo el abuelo de Evan. Todos lo miraron con admiración—. Cuando hice mi Gran Viaje, tuve la oportunidad de ir a Alosheba. Allí conocí a la princesa de los peces, una mujer hermosa por naturaleza. Ella se podía transformar en una orca. Un día me llevó a la cueva donde se escondían dos de los objetos más preciados en el mundo. Los de Alosheba se los quitaron a los reptiles hace muchos cientos de años.

»Los reptiles han estado esperando a que la profecía se cumpliera: *“El tercer hijo del tercer hijo hecho rey de los reptiles”*.

—¿Pero qué es lo que están buscando? —lo apresuro el Señor Hutchinson. A él no le gustaba quedarse con la emoción durante mucho tiempo, prefería que le digieran las cosas de inmediato.

—La profecía consiste en que a ese rey, le quitarán su Rimidalv y le entregarán el del *Dragón de Fuego*.

El Comienzo del Reinado de Fuego

—¿Cómo? —preguntó Evan.

—En Kizabeth hay un portal que se tiene que abrir con tres Relojes mágicos. Uno de Oro, uno de Diamante y el ultimo de Plata.

—¿Dónde están esos Relojes? —preguntó el padre de Mathew.

—El de diamante lo tienen en la cueva donde les conté que fui con la princesa de Alosheba. Otro, el de Oro, lo tienen las aves de Hanswer. Y el último, el de Plata, también estaba en la cueva de Alosheba.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Evan.

—Aquí, en Adatsot.

Todos soltaron una exclamación ahogada, un suspiro de la sorpresa. Era una noticia inesperada para todos. Nadie se lo imaginaba.

—Eso es lo que venían a buscar los reptiles —dijo uno de los ancianos—. Tal vez ya tienen rey y ahora quieren los Relojes.

—¿Quién lo tiene? —preguntó el padre e Evan.

Nadie dijo nada.

—Yo —dijo el abuelo de Evan con una seriedad impresionantemente fría—. Lo robé de la cueva, el día que le dije a mi amada que no era un tiburón, sino un mamífero.

—Tenemos que cuidarlo muy bien —dijo una de las personas.

—Enterrémoslo, así nadie lo encontrará —propuso otra persona.

—No se preocupen —los tranquilizó el abuelo de Evan—. Está en el mejor escondite que puede haber en Adatsot. Ustedes vayan a sus casas y quédense tranquilos, el Dragón nunca saldrá de Kizabeth.

Todos se fueron levantando lentamente de sus lugares y se fueron hacia sus casas. Algunos no estaban tan seguros del abuelo de Evan y otros confiaban rotundamente en él.

La Señora Hutchinson encendió el fuego y el cadáver de la iguana se empezó a quemar lentamente. Después de esto el padre y la madre de Evan entraron a su casa, solo quedaron Evan y su abuelo.

—¿Esa historia es verdadera? —le preguntó Evan a su abuelo—. Todo lo del *Dragón* y los Relojes, ¿es verdad?

—Todo es tan real como tu existencia.

— ¿Y cómo protegerás el Reloj si mandan a un reptil más grande?

—Yo ya no lo protegeré.

— ¿Qué? ¿Si lo enterrarás?

—No, te lo daré a ti.

Evan se sorprendió por la respuesta de abuelo. Desde que era muy pequeño había sido muy apegado a él, pero no le parecía correcto que le diera una obligación tan grande como cuidar un Reloj que era necesario para decidir el destino del mundo. Tenía un poco de miedo a que apareciera un reptil más grande y empezara a destruir la aldea y a matar a sus habitantes. Evan no sabía qué hacer, salvar a sus amigos y vecinos entregando el Reloj y condenando al mundo o guardarse el secreto y ver cómo morían uno a uno todas las personas que él conocía.

— ¿A mí? —preguntó Evan pensativo—. ¿Por qué yo? Yo no estoy listo para nada, solo soy un niño, ni siquiera me sé quedar solo —Evan mentía.

—Porque tú eres más joven que yo y tienes más posibilidad de defenderlo.

—Pero mi Rimidalv es un hurón. Un pequeño e inofensivo hurón.

—Recuerda que en el interior hay cosas más grandes que en el exterior.

El abuelo de Evan buscó en el bolsillo de su pantalón hecho con pieles de vaca y sacó un pequeño Reloj de Plata y se lo entregó a Evan. Éste lo miró detalladamente. Abrió la pequeña tapa y la cerró. En la poca civilización de Ikcealg no eran comunes esa clase de artefactos. Eran demasiada tecnología para ellos. Pero se llevaron una gran sorpresa al ver que los Relojes se movían al compás de sus

ya existentes Relojes de sol y de arena. Por eso los conocen como Relojes.

—Las manecillas no se mueven.

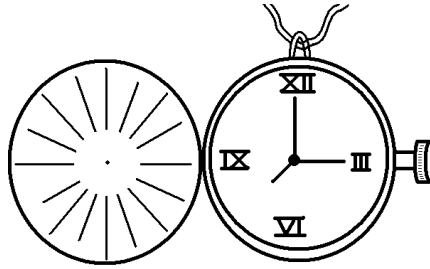
—Nunca lo harán. A menos que el Dragón salga. Dejaron de moverse hace unos cientos de años.

—¿Cuál es la verdadera razón por la que me lo das a mí?

—preguntó Evan sin dejar de mirar y examinar el Reloj plateado, tan brillante que podía verse a sí mismo.

—Porque ya estás listo para tu Gran Viaje.

CAPÍTULO 3



La maldad hace pedir ayuda

En Hanswer una pelea se llevaba a cabo: dos cocodrilos contra cuatro avestruces. El motivo de la pelea era que los dos cocodrilos robaron el Reloj de Oro que estaba resguardado en Nahcuram, bajo la protección de Ian, un joven que se puede transformar en águila calva.

Los dos cocodrilos le tendieron una trampa y pudieron robar el Reloj. Pero lo que los cocodrilos no se esperaban era que al separar el Reloj de Oro de la plataforma un alarma sonaría alertando a las autoridades de Nahcuram.

Desde las paredes, una lagartija voladora planeó sobre los cocodrilos, éstos le arrojaron el Reloj y el reptil volador lo tomó con sus pequeñas patas y se fue volando con el artefacto dorado. Cuando la lagartija y el Reloj estuvieron lejos, los dos cocodrilos se transformaron en humano.

—El *Dragón* pronto saldrá de su cueva —se burló uno de los reptiles.

—Solo es cosa de esperar —mencionó el otro.

Una flecha los atravesó por el pecho, los dos ladrones cayeron hacia atrás. Una nube de humo plateado salió de ellos.

El Comienzo del Reinado de Fuego

Ian bajó el arco, les había disparado desde la entrada de la cueva que se encontraba en la parte más alta de su árbol. La cueva había sido tallada a mano por los ancestros de las aves y ahora servía de santuario para el Reloj.

—Buen tiro —lo felicitó una de los avestruces. Las cuatro habían quedado muy heridas y en dos eran heridas mortales.

—Gracias.

Ian se preparaba a seguir a la lagartija voladora cuando la líder de los habitantes de Hanswer apareció en el aposento del Reloj. Su líder era por lo general muy pasiva, tranquila y comprensible, pero cuando se enojaba por algo parecía un volcán en erupción: nadie ni nada la podía detener hasta que se le agotaban los insultos y las cosas que decir.

—¿Dónde está? —preguntó furiosa—. ¿Dónde está el Reloj?

—Se lo han llevado, señora mía —dijo Ian, haciendo una reverencia.

—¿Quién fue capaz de llevarse el Reloj de Oro?

—Los reptiles, señora mía —Ian sabía que cuando la líder se enojaba había que tenerle mucho respeto, o podría terminar mal.

—¿Cómo pasó? —preguntó más furiosa que al comienzo. Su tono de voz había aumentado.

—Han hecho una trampa, y utilizaron a un reptil volador para llevárselo.

—¿Volador? ¿Acaso tú no vuelas?

—Estaba a punto de hacerlo cuando usted llegó.

La líder de Hanswer estaba devastada. Ella conocía el significado de que los reptiles se llevaran el Reloj de Oro. Sabía el peligro al cual se iba a enfrentar. Sabía que tenían que hacer algo antes de que esa lagartija voladora llegara a Kizabeth y entregara el Reloj a su nuevo rey. Ella conocía la leyenda desde el comienzo hasta el fin y siempre estuvo esperando y a la vez evitando que eso pasara, estaba

preparada. Tenía decenas de hombres y mujeres que lucharían contra los reptiles para poder recuperar el Reloj y prevenir una catástrofe mundial.

—¿Y qué estás esperando? —le gritó a Ian—. ¿No piensas ir tras de él para quitarle el Reloj?

Ian corrió rápidamente hacía la salida de la cueva y se transformó en águila. Empezó a volar lo más rápido que pudo. Con su mirada de águila trataba de divisar a la lagartija planeadora, pero por más que intentaba no podía localizarla. Siguió volando, alejándose de Nahcuram y de Hanswer, entró a mar abierto. Ian sabía que no podía ir a Kizabeth solo, tenía que encontrar un equipo para poder ir a luchar contra la innumerable cantidad de reptiles que había en la Región de Fuego. Y si los reptiles consiguieron los otros dos Relojes, también tenían que luchar contra el *Dragón de Fuego*. Sabía que no podía contar con sus compañeros de Hanswer, ellos lo culparían del rapto del Reloj y no lo apoyarían. Él creía que si iba a Alosheba podría encontrar alguien que le ayudara a luchar contra los reptiles. Si no les han robado el Reloj, les podría avisar a los peces y planearían algo para recuperar el Reloj de Oro. Si ya se los robaron, él, junto con algunos peces, podría tratar de recuperar los Relojes.

En Alosheba, Zooey estaba preparando las tropas para recuperar el Reloj de Diamante. En la ciudad de hielo más de dos mil hombres y mujeres guerreras se prepararan para que Zooey les diera la señal de partir hacia Kizabeth. La mayoría de los hombres tenían como Rimidalv a peses grandes y fuertes: ballenas, tiburones, anguilas, morenas, etc. No podían llevar peces pequeños de pecera a una guerra con los reptiles. Los que tenían como Rimidalv a estas pequeñas especies deberían de tener mucho conocimiento con algún

El Comienzo del Reinado de Fuego

arma, ya sea la espada, el arco, la lanza u otro que sea efectivo para una guerra.

—¿Todos están listos? —gritó Zooey para animar a las tropas.

Todos los guerreros soltaron un grito de guerra.

—Tenemos que conseguir el Reloj de Diamante antes que se reúnan los tres, o si no será demasiado tarde para el mundo —gritaba Jacob, el líder de Alosheba y esposo de Zooey. Él tenía a un tiburón blanco como Rimidalv—. No sabemos si en Kizabeth nos esperan con unas tropas de guerreros. Pero tenemos que estar preparados para todo, ya que ellos serán capaces de hacer lo que sea para poder conseguir liberar el espíritu del *Dragón de Fuego*.

A lo lejos y proviniendo del norte, una águila calva volaba cansadamente hacia las tropas de peces.

—Al parecer tenemos noticias de Hanswer —mencionó Jacob al ver al águila.

El águila voló torpemente y aterrizó de golpe en el frío suelo frente a los líderes de los peces.

—Levántate, joven mensajero —le dijo Zooey al águila, con un tono de cortesana—, dinos lo que nos has venido a decir desde la lejana tierra de Hanswer.

—El Reloj... —dijo el águila sin aliento. Le resultaba difícil respirar por su pequeño pico, pero hacía su mayor esfuerzo.

—¿Qué pasa con el Reloj? —preguntó Jacob.

—¿Dónde está?

Zooey se tardó un poco en responder. No comprendía bien la pregunta. De primero creyó que el águila decía que los peces les habían robado el Reloj a las aves, pero después comprendió que ellos sufrieron la misma suerte: los reptiles les robaron el Reloj.

—Nos lo han robado los reptiles.

El águila se transformó en humano, se puso de pie y respiró profundamente en repetidas ocasiones para reponerse del cansancio.

—¿Cuál es tu nombre, joven viajero? —le preguntó Jacob.

—Ian. Soy Ian, el guardián del Reloj de Plata. He cumplido mal mi deber y los reptiles robaron el Reloj.

Un silencio penetrante duró entre los peses que estaban perfectamente formados en tropas. Ellos estaban escuchando con claridad todo lo que decía el mensajero y sus líderes.

—¿Dónde está el Reloj de Plata? —preguntó Ian cortésmente, ya un poco más aliviado de su cansancio. Recobró la compostura y se dirigía como es debido a unos líderes.

—Lo tienen en Alcalota. Lo tiene un... mamífero.

—¿Crees que es seguro? ¿Piensas que debamos de ir a Alcalota y conseguir el Reloj para protegerlo mejor? —preguntó Jacob.

Ian lo pensó durante unos momentos. Nunca había tratado con ningún mamífero, así que no sabía qué tan buenos serían cuidando algo que podría cambiar al mundo. Aun así se dio una idea y respondió.

—La verdad no lo creo —Ian continuó pensando—. He venido solo porque las de más aves no quieren sacrificar sus vidas en recuperar el Reloj... pero al parecer ustedes no temen a eso. Les pido que me dejen acompañarlo para recuperar el Reloj de Oro.

Los dos líderes se miraron y compartieron algunas palabras en un tono bajo, lo suficiente para que Ian no lo escuchara.

—Estábamos a punto de salir hacia Kizabeth —dijo Zooey—, tal vez la ayuda de un ave no nos vaya tan mal. Sería bueno tener ojos en el cielo.

—Muchas gracias —dijo Ian—. Se los digo de verdad. En realidad no saben cuánto se los agradezco —Ian empezó a estrechar las manos de los dos líderes—. Primero tenemos que ir a Alcalota. Deberíamos de saber si aún tienen el Reloj.

A los líderes no les pareció la idea en lo absoluto. Si ya se los robaron estarían perdiendo el tiempo, un valioso tiempo que sería

difícil de recuperar. Lo mejor sería darse prisa y llegar al lugar para poder atacar desde antes y recuperar los Relojes.

—Sería una pequeña pérdida de tiempo viajar hasta Alcalota solo para hacer una pregunta —dijo Jacob—. Yo me niego.

Ian miro a Zooey con un rostro tierno y a la vez suplicante.

—A mí me parece una buena idea —dijo Zooey—. Tal vez podemos conseguir más guerreros. Los reptiles son muy feroces en sus batallas, no les importa morir si con ellos se llevan a otros dos a la muerte. Creo que mientras más grande sea nuestro ejército más oportunidades tendremos de ganar la batalla.

—Si eso es lo que quieres... te tendré que dejar ir —dijo Jacob.

—Yo la acompañaré —se ofreció Ian.

—Está bien.

Los dos salieron al instante. Zooey se transformó en una orca e Ian en el águila. Ian entró a la boca de Zooey y ésta se hundió en las profundidades del mar para poder nadar libre y rápidamente hacía Alcalota.

—¿Me prometes no comerme? —le preguntó Ian al estar dentro de la boza de Zooey.

—Lo intentaré.

El Comienzo del Reinado de Fuego

Evan Vladimir Galecki

Guadalajara, Jal. México. CP. 44200